

La moderación de los españoles



PASADA una semana se puede reflexionar con más serenidad sobre las elecciones, como síntoma del estado de ánimo de un pueblo tanto en lo civil como en lo religioso.

Me atrevo a señalar con firmeza que los españoles han perdido aquel nervio que apreciábamos en nuestra literatura clásica del Siglo de Oro. Una literatura popular que manifestaba claramente la fuerza y personalidad de aquella época.

Hoy no es así. Los múltiples síntomas que se aprecian en el país son muy diferentes. En el terreno civil, lo mismo que en el religioso, se cumple una vez más el dicho de "después de la tempestad viene la calma". El afán de cambio que se apreciaba en los últimos tiempos del franquismo, o durante el Concilio, y más tarde el deseo de encontrar nuevos caminos parece que se han apagado en muchos ciudadanos —y en no pocos creyentes— de nuestro país: sólo quieren orden y sentido común. Del mismo modo acontece con la Iglesia: se están cansando los fieles de alharacas, se quiere vivir tranquilamente una fe pacífica y sin complicaciones.

Sin duda todavía no hemos llegado al simplismo de la pura añoranza del pasado, pero a muchos les ronda la tentación.

Y es preciso pararse en esta suave pendiente, ponerle un freno y reflexionar seriamente sobre lo que está ocurriendo.

A juzgar por las afirmaciones constantes del PSOE, iba éste a obtener casi los mismos escaños de UCD. Y nada de esto ha ocurrido. El "fiasco" ha sido grande.

Se nos quiso convencer a última hora de que no habría un fuerte abstencionismo. Pero nada de eso ha ocurrido. Y si analizamos el porqué de la abstención y su color, nos quedaremos sorprendidos del alto porcentaje de cómoda derecha que se abstuvo.

Todo ello lo intuyó en los últimos momentos nuestro gran especialista en relaciones públicas, el señor Sudrez (don Adolfo), y comprendió que un viraje a la derecha era grandemente rentable. Le bastó aludir al aborto en su última intervención televisiva, negando por supuesto su liberalización (el aborto, hoy por hoy, no es popular en el país), y hacer apelación (la primera vez que lo hacía decididamente el presidente) al humanismo cristiano que su partido defiende para conseguir esa recuperación de votos que las encuestas dirigían a otros grupos más a la izquierda y que, a última hora, obtuvo la UCD.

El miedo del español a perder las posiciones egoístas alcanzadas y las atractivas migajas egocéntricas que le proporcionó el franquismo bastó para inclinar la balanza. Y sobre todo si, para un amplio abanico de ciudadanos maduros, se tintaba todo ello de un "humanismo cristiano", que nadie sabe lo que quiere decir en el fondo, pero que suena bien a oídos temerosos, escaldados por la disgregación civil y religiosa que existe en el país, a causa de la ineptitud de nuestra política oficial reciente, tanto del Gobierno como de la Iglesia.

Hasta los partidos de la izquierda captaron al final de su campaña este temor ciudadano, y esa moderación de quienes iban a expresar su voto en las urnas. Sus palabras de propaganda se fueron haciendo cada vez más moderadas, conforme se acercaba el día decisivo. Del divorcio se hablaba últimamente con comedimiento, y del aborto no digamos. El programa a largo plazo ni se mencionaba. Todos daban la sensación de estar en la derecha, o poco menos.

Bastaba —por otro lado— hablar con nuestros amigos y conocidos para apreciar con claridad este síntoma de "derechismo", aunque —por supuesto— sin darle este nombre, porque hoy no está de moda usar esa palabreja que tiene poco gancho verbal. Por eso se hablaba de centro-izquierda, de centro o cuando más de centro-derecha.

Y a nuestra Iglesia oficial le ocurre igual. Su conservadora mercancía, envuelta en palabras conciliares —del Concilio Vaticano II unas veces, y de la conciliación que aporta el consenso otras— para ser mejor admitida, sale a relucir en todos sus escritos y decisiones. De verdadera "progresía", nada.

Si trata de orientar a los católicos, todo lo envuelve en palabras llenas de matices, observaciones cautelosas y términos medios. Si se refiere a cualquier avance apostólico, se le pone un discreto freno para que no llame la atención ni se desarrolle mucho; o se asume burocráticamente —clericalmente— el ensayo, para que no se lance hacia delante. La libertad resulta —como siempre— peligrosa en las altas esferas eclesiales, y hábilmente se la ha sustituido por la benigna tolerancia de ciertas cosas que antes ni siquiera se las dejaba vivir de precario, como hoy sin embargo se consiente.

Nuestro modelo eclesial es el alemán: el de esa Iglesia que hace ciertos pinitos intelectuales, que nunca llegan a plasmarse en nada concreto en la vida eclesial; que guarda bien sus espaldas

económicas con el hábil apoyo del Estado, como también pretendemos hacer nosotros con el impuesto religioso acordado entre UCD y la Santa Sede; y que vive tranquilamente una vida burguesa sin más afán que pasarlo bien aquí y en el "más allá", sin acordarse mucho de quienes no tienen esas comodidades que ellos disfrutaban a costa de un mundo lleno de guerras, violencias, hambre y situación de alienación infrahumana.

En la Iglesia occidental —dentro de la cual estamos nosotros inmersos— han fracasado los intentos de unas teologías comprometidas; y se quedan en el ámbito de la elucubración sutil de los especialistas del laboratorio eclesial, o se van olvidando poco a poco. Parece como si el ideal fuese estar sentados confortablemente en un sillón, con las manos cruzadas sobre la barriga a estilo Buda, sin hacer nada ni pensar en nada; viviendo sólo unas sensaciones cenestésicas tranquilas y moderadamente agradables.

Y, para empeorar todavía más las cosas, no surgen más síntomas de renovación en el plano religioso que esas sectas aguadas —pero indudablemente peligrosas por su falta de profundidad— que lavan el cerebro de algunos con vaporosas afirmaciones, y llenan el corazón de sentimientos confusos y tranquilizantes que actúan sobre sus voluntades como drogas espirituales.

Hace falta denunciar —aunque fuésemos pocos quienes estuviéramos dispuestos a hacerlo— todo esto con valentía, como hacía a principios de siglo el católico Leon Bloy en el contexto de aquella engañosa "belle époque". Tendríamos los católicos que pedir a nuestra Iglesia que se dejase de "moderaciones" y de una vez emprendiera un camino claro y firme, aunque algunos dentro de ella pudiéramos discutir sus detalles. Y que no se nos lavase el cerebro —ese es el escándalo religioso del momento español— con un modelo de Cristo como el "Jesús de Nazaret" de la película de Zeffirelli, que concentra en su figura todo lo que aquí critico.

Una cosa es el realismo y otra la aguada moderación que nos envuelve civil y eclesialmente. ■